

Cincuenta y cinco años del IIEc.*

Fernando Carmona•

Aprovecho la oportunidad de este aniversario y de este homenaje que comparto con tres distinguidos colegas, dos de ellos, Ricardo Torres Gaytán y José Luis Ceceña, maestros míos en la Escuela Nacional de Economía en el añorado recinto de Cuba 92 y el otro, Angel Bassols, compañero en la Preparatoria Nocturna en el bello San Ildefonso, para hacer una breve reflexión.

Podría aceptarse que no faltaron razones para la designación de Eméritos que nos confirió la Universidad Nacional. Los cuatro hemos sido afortunados al vivir bastante tiempo (juntos sumamos más de tres siglos!) y al tener la oportunidad de acumular una prolongada ejecutoria académica, lo cual desde luego no es ajeno a esta distinción, alcanzada por cada uno de nosotros ya en la “tercera edad”. Tampoco es ajena la circunstancia de que hayamos desempeñado cargos académico-administrativos universitarios. Pero “no estamos todos los que son” ni, por lo que a mí se refiere, “somos todos los que están”.

Ciertamente no seremos los últimos Eméritos del Instituto que fundara el Maestro don Jesús Silva Herzog, el cual en más de medio siglo ha cursado varias largas etapas en las que ha llegado a convertirse en un importante centro de investigación y debate de la realidad nacional e internacional, hoy hacinado en cuatro pisos de esta Torre de la Ciudad Universitaria. Pero habrá que navegar contra poderosas corrientes.

* Intervención en la ceremonia del LV aniversario de la fundación del Instituto de Investigaciones Económicas, efectuada en el Auditorio “Maestro Ricardo Torres Gaytán” del mismo, el 15 de noviembre de 1995.

• Investigador del IIEc. y Emérito de la UNAM, Investigador Nacional, miembro de número de la Academia Mexicana de Economía Política.

Nunca como en la última mitad del siglo veinte, se han transformado las sociedades con tanta celeridad, profundidad y universalidad, bajo el impacto de la revolución científica y técnica y de la incesante trasnacionalización de las economías nacionales. El cambio nos empujó a una crisis de la civilización humana, a una crisis global: de la economía, la política, la cultura y la moral; del socialismo y del propio capitalismo.

También, nunca como en esta época del «libre comercio» impuesto por las corporaciones trasnacionales, fueron mayores, en la escala planetaria y nacional, la concentración de la riqueza, el parasitismo especulativo, la destrucción de la naturaleza y el deterioro del ambiente, la exclusión de vastos sectores productivos y sociales, de regiones y aun naciones enteras, la dependencia estructural de la mayoría de países subdesarrollados como el nuestro y el despilfarro del potencial de recursos productivos que podrían servir al progreso humano.

En este siglo menguante nunca fueron más grandes los peligros que hoy se ciernen sobre nuestra Patria, y nunca más necesario el aporte de la educación y de la investigación para afrontarlos. No es menor la importancia de la investigación económica para comprender el alcance del acelerado cambio, decantar estrategias de desarrollo y encontrar alternativas viables que, todas, reclaman genuina democracia, elevar los niveles de escolaridad, capacidad técnica, empleo, productividad e ingreso de los mexicanos y la firme defensa de la soberanía nacional.

Mas las tozudas políticas imperantes en México, sobre todo desde diciembre de 1982, reveladoras de la extrema vulnerabilidad y subordinación al «nuevo orden mundial» de los monopolios, no son consecuentes con una inaplazable condición alternativa: reforzar la educación superior y la investigación de alto nivel.

En materia social, el conocimiento objetivo de la realidad mediante la investigación no puede obedecer a consignas desde el poder, tiene que ir a la raíz de los problemas y comprometerse sólo con la verdad: tiene que ser crítica. Como lo es gran parte de la que en el campo de la Economía, a pesar de esta desfavorable situación, constituye un insoslayable aporte de la UNAM.

Ante los desafíos de hoy cabe señalar que los ahora Eméritos nos hemos esforzado en ser dignos del ejemplo de honradez intelectual, patriotismo, responsabilidad y cariño a los jóvenes de quienes nos precedieron, impulsores de la economía en nuestra Universidad: Narciso Bassols, Enrique González Aparicio, Gilberto Loyo, Moisés T. de la Peña, y nuestros Maestros Eméritos Jesús Silva Herzog, Francisco Zamora y Antonio Sacristán Colás.

Hemos cultivado nuestra disciplina concebida como ciencia histórica, como *Economía Política* y no como una mera disciplina ahistórica, pretendidamente neutra e inexorable en sus postulados, esto es, como *Economics*. Pensamos que en la investigación económica es preciso considerar el proceso histórico universal y nacional determinante de la desigualdad, la injusticia, la irracionalidad y las determinaciones del capitalismo monopolista contemporáneo, que tan duramente castigan a los pueblos de países subdesarrollados como el nuestro.

Lejos estamos de las concepciones impuestas en el país, desde hace más de una década, por los intereses extranjeros y nacionales dominantes y por economistas licenciados en México y luego doctorados en los Estados Unidos cuando ya existía el doctorado en la UNAM (al cual, empero, el Conacyt todavía le niega la “excelencia”). Imbuidas de un raso pragmatismo y de “modelos” antihistóricos, son concepciones que ignoran nuestra historia y desprecian la potencialidad del pueblo mexicano probada en 1810–1924 y 1854–1867, en 1910–1917 y 1934–1940, en 1985–1988 y hoy mismo, cuya participación es indispensable para avanzar hacia la independencia y la justicia.

¡Oh!, recordemos a Richard Lansig:

México es un país extraordinario, fácil de dominar porque basta con controlar un solo hombre: el Presidente, escribió en 1924 este personaje, quien fuera secretario de Estado del gobierno de Woodrow Wilson. Y añadió: Tenemos que abandonar la idea de poner en la Presidencia a un ciudadano americano ya que eso llevaría otra vez a la guerra. La solución [es] abrirles a los jóvenes mexicanos ambiciosos las puertas de nuestras universidades y [...] educarlos en el modo de vida americano, en nuestros valores y el respeto al liderazgo de Estados Unidos. Con el tiempo estos jóvenes llegarán a ocupar cargos importantes y finalmente se adueñarán de la Presidencia; entonces, sin necesidad de que Estados Unidos gaste

un centavo o dispare un tiro, harán lo que queremos. Y lo harán mejor y más radicalmente que nosotros.*

Nunca hemos rendido nuestra razón crítica. Rechazamos que en el convulso y complejo México de estos ominosos tiempos de acelerada trasnacionalización, “no hay de otra” y se carece de alternativas a las políticas desnacionalizadoras, cada vez más atadas al capital trasnacional incluso especulativo, concentradoras de la riqueza y el ingreso, creadoras de desempleo, debilitadoras de la educación superior pública y de la investigación, de espaldas a la soberanía de la nación, justificadas en nombre de la «globalización» y de una extraña, deshumanizada «modernización».

Lo que se ha premiado en nosotros, pienso, es la continuidad del trabajo del IIEc. y los crecientes y mejores resultados de nuestro esfuerzo académico colectivo, logrados sobre todo en la etapa de autonomía del Instituto pese a las crisis políticas universitarias vinculadas al acontecer nacional; pese a las limitaciones presupuestales que en especial desde 1983 golpean a la UNAM y a las instituciones educativas públicas; pese a la baja de los salarios reales paliada a medias con compensaciones y estímulos; pese a las adversas condiciones propias del subdesarrollo no superadas por el indudable mejoramiento de la infraestructura.

Nuestros logros son dignos, respetables, mas por debajo de las exigencias de la cambiante realidad. Se condensan en la más diversificada, actual y mayor producción de libros, algunos con numerosas reediciones y/o su impresión en otros países e idiomas; la publicación regular de 103 entregas de *Problemas del Desarrollo* y 81 de *Momento Económico*; el trabajo de nuestros seminarios; la participación de investigadores y técnicos académicos en la docencia universitaria, en encuentros nacionales e internacionales y en la obtención de posgrados o el número de colegas acreedores del Premio Universidad Na-

* Tomado de Luis González Souza, *Soberanía herida. México-Estados Unidos en la hora de la globalización*, Tomo 2, *Integración política y desnacio-*

cional y de la Distinción Universidad Nacional a Jóvenes Académicos.

Seguramente algunos de nuestros compañeros desaparecidos hubieran podido ser Eméritos. Pienso en dos que fueron pilares del Instituto integrado a la Escuela Nacional de Economía (ENE), Miguel Othón de Mendizábal, su primer director y Diego G. López Rosado, el último de esa etapa, autores ambos de una vasta obra. En Ramón Ramírez Gómez y Benjamín Retchkiman, fallecidos ya maduros mas sin llegar a desplegar toda su capacidad; en José Luis Ceceña Cervantes y Víctor M. Bernal Sahagún, quienes parecían tener muchos años por delante y habían dejado ya una profunda huella de su dedicación. Y por supuesto, en Gloria González Salazar, cuya propuesta de Investigadora Emérita apoyó el IIEc. en pleno y aprobó el Consejo Técnico de Humanidades, pero quedó pendiente en el Consejo Universitario.

Pienso asimismo en Alonso Aguilar Monteverde, jubilado sin el reconocimiento a su aporte de más de tres décadas a la docencia, a la investigación y a cuerpos colegiados; al renovado sistema de seminarios de la ENE y la fundación del nuestro en el IIEc.; a la bibliografía sobre temas básicos con una extensa obra publicada en México, Estados Unidos, Europa y Latinoamérica, y al descubrimiento de categorías confirmadas por la realidad nacional y mundial de los últimos lustros. Contrasta el que la Universidad Humboldt, de Berlín, le otorgara el doctorado *honoris causa*.

Al agradecer profunda y sinceramente este homenaje, expreso una convicción y una preocupación que quizá comparten mis compañeros hoy honrados por ustedes. Mi convicción es también la confianza en las potencialidades de un Instituto maduro como el nuestro, en el cual un número creciente de colegas, hombres y mujeres, demuestra su vocación y acumula méritos, investiga la realidad en forma tesonera, con espíritu científico crítico, independiente, abierto a otras disciplinas y cursa ineludibles posgrados.

La preocupación es que si bien están a la vista los relevos de la generación de la que formamos parte los actuales Eméri-

* * *

tos, y aunque varios proyectos interdisciplinarios e interinstitucionales con apoyo externo contribuyen a formar nuevos académicos, es aún débil la incorporación al IIEc. de jóvenes prometedores.

Tendremos que sortear, juntos, adversidades y problemas viejos y nuevos en tiempos complicados. No podemos sentirnos satisfechos con lo logrado ni conformes con la eternización de políticas atentatorias contra la universidad pública. Pero estamos seguros de que, si preservamos los fundamentos democráticos de la brega académica sostenidos desde hace 55 años, si ejercemos responsablemente la libertad de investigación y si aprovechamos los crecientes medios infraestructurales, merced al esfuerzo de muchos nuestro Instituto rendirá mejores frutos y otros Eméritos.